

Juan Pablo Dabove, *Nightmares of the Lettered City: Banditry and Literature in Latin America, 1816-1929*

Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2007, Illuminations: Cultural Formations of the Americas, 381 páginas.

Pesadillas de la Ciudad Letrada: Bandidaje y literatura en América Latina. 1816-1929 se inscribe explícitamente en la tradición del latinoamericanismo tal como se desarrolló en Estados Unidos a partir de libros fundacionales como el que evoca su título, *La ciudad letrada* de Ángel Rama (1984). Obras más recientes y más específicamente vinculadas al trabajo de Dabove, que él mismo señala como base de su estudio, son los ya clásicos *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* de Adolfo Prieto (1988), *El cuerpo del delito* de Josefina Ludmer (1999) y *Pirate Novels* de Nina Gerassi-Navarro (1999). La reflexión parte de la hipótesis que las ficciones sobre bandidos rurales jugaron un papel esencial en la constitución de los estados modernos latinoamericanos.

La ciudad letrada no produce monstruos —*se produce* sobre la postulación de una serie de monstruos. Este desplazamiento epistemológico implica dejar de pensar los estados modernos como instancias de exclusión, para postular al “Otro” del *letrado* (término que implica las nociones de literato, masculino, blanco, propietario, urbano, de cultura europeizante) como un elemento interno indispensable a la constitución del Estado-Nación: en América Latina, contrariamente a Europa, el enemigo que permitió fundar la identidad nacional no se definió como externo sino como interno. Entre los sujetos que encarnaron esa otredad (concepto acerca del cual Dabove recuerda el fundamento teórico pero también sus reformulaciones, y que adquiere aquí una nueva complejidad), se encuentran los bandidos rurales, objeto elegido por el crítico. Las nociones de bandido y de bandidaje, están definidas a partir de la tradición teórica que empieza con Michel Foucault (y, por ende, con el Nietzsche evocado en el epígrafe de la introducción), y, como es esperable, a partir del libro fundacional de Eric Hobsbawm (*Bandidos*, 1969); Dabove recuerda los debates alrededor de sus trabajos así como aquellos que se dieron entre historiadores y críticos latinoamericanos acerca de la pertinencia de las hipótesis de Hobsbawm en América Latina. De este modo, el objeto de estudio es definido a partir de un marco teórico renovado y polémico.

Pesadillas de la Ciudad Letrada se divide en tres partes, enmarcadas por una introducción y una conclusión; el libro comprende también una exhaustiva bibliografía, un índice temático y de nombres. De particular importancia son las notas, en las que se insertan una serie de debates teóricos, genealogías, y tomas de posición respecto de nociones de uso corriente en los estudios literarios pero de las cuales el crítico da una definición propia. Aunque el corpus no esté trabajado en orden cronológico, el libro comienza con la obra más antigua, *El periquillo sarniento* de José Joaquín Fernández de Lizardi (1816), y se cierra sobre la más reciente, *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos (1929). El marco temporal elegido corresponde al período que va del final de la colonia a la incorporación de América Latina a un mercado mundial, a partir del modelo de exportación neo-colonial, que determinó negociaciones y conflictos entre las elites regionales y nacionales.

Las tres partes se organizan en función de una progresión que corresponde a la hipótesis sobre que se sustenta el trabajo — la de un inconsciente político nacional que se encarna en la literatura de ficción, para definir a la vez un proceso cultural y una identidad nacional-continental. Esta perspectiva es compartida por una comunidad intelectual en la que el crítico marca su pertenencia, de manera polémicamente productiva por momentos, en otros para afirmar (políticamente) su adhesión a una interpretación de la cultura latinoamericana que transforma la ideología vehiculada por el estado en una práctica de “teratología cultural”. Cada parte se articula en torno a un tema, cada capítulo se centra en una obra de ficción — salvo el número seis, último de la primera parte (sobre el cual volveré).

La primera parte, “La fundación de Identidades Nacionales. El bandido como Otro”, analiza una serie de textos que presentan al bandido como un inequívoco demonio de los proyectos nacionales de modernización; el bandido como otro radical que encarna todos los miedos de la elite letrada, debe ser suprimido, en una *performance* que toma la forma de un “teatro de la ley”, verdadera alegoría de legitimación de la elite letrada. Esta parte comprende seis capítulos: “*El periquillo sarniento*/El bandidaje como Non Plus Ultra”, “*Facundo*/Bandidaje y el Estado como máquina de guerra nómada”, “*El Chacho*/Bandidaje y alegorías de legitimación”, “*O Cabelleira*/Cangaceiros, Sacarocracia y la invención de una tradición nacional”, “*El Zarco*/Bandidaje y alegorías nacionales para el Estado-Nación”, “Criminología/Bandidaje como la herida de la Historia”.

“Entre la nostalgia conservadora y política radical. El Bandido como instrumento de crítica”, segunda parte del libro, se divide también en seis capítulos: “*Astucia*/Bandidaje y utopía insurgente”, “*Zárate*/Bandidaje, Nación y la experiencia de los límites”, “*Martín Fierro*/Bandidaje y las fronteras de la

Voz”, “*Juan Moreira*/El gaucho malo como héroe impopular”, “*Alma gaucha*/El gaucho fuera de la ley y el Leviatán”, “*Los bandidos de Río Frío*/Bandidaje, el estado criminal y la crítica de las ilusiones porfirianas”. En estos textos el bandido aparece como uno de los objetos usados por la elite letrada para criticar la orientación que algunos países tomaron en su modernización; el bandidaje constituye una mediación para entablar polémicas dentro de la elite letrada.

La tercera parte, “El triunfo del Estado-Nación. El bandido como hermano descarriado y origen suprimido”, comprende cinco capítulos: “*Os sertoes*/Bandidaje original y los crímenes de las naciones”, “*La guerra gaucha*/Bandidaje y Padre fundador en la épica del Estado-Nación”, “*Los de abajo*/La fiesta, la pandilla de bandidos, la Bola (La revolución y sus metáforas)”, “*Cesarismo democrático*/Bandidaje y el gendarme necesario (La sombra del caudillo I)”, “*Doña Bárbara*/Bandidaje y las ilusiones de la modernidad (La sombra del caudillo II)”. Dabove estudia aquí una serie de novelas que presentan al bandido como origen suprimido de la comunidad, como un *tropo* que lleva la ambigüedad que caracteriza la figura del bandido a su extremo, y que incluye e inscribe tensiones en los dos usos anteriores. El bandido es incorporado a la narrativa de los orígenes del Estado-Nación como el origen de la violencia del estado nacional.

La investigación de Dabove adopta un método comparatista (relatos de cuatro países, Venezuela, Argentina, México y Brasil), centrándose en procesos culturales y obras (y no en autores). La metodología no se limita, sin embargo, a la comparación dentro del corpus latino-americano; se extiende a la literatura europea, a otras antiguas colonias (Australia, la India), y también a la teoría. Dabove analiza (como lo recuerdan las numerosas alusiones a la literatura gótica europea) la literatura latinoamericana como un objeto insertado en una red que va más allá de lo nacional, e incluso de lo continental; en este sentido, *Pesadillas de la Ciudad Letrada* se inscribe en un movimiento contemporáneo de transformación del campo de los estudios literarios, según el cual las fronteras que definían disciplinas y tradiciones (herencia de la era de los Estados-Nación) se convierten en objetos de estudio, cuyos motivos son las redes comunicantes entre textos más allá del país y de la lengua en que se produjeron. Esto permite al crítico señalar una serie de usos de las literaturas extranjeras, que renuevan la relación entre la cultura europea y la americana (ver, en particular, las reflexiones sobre el uso del orientalismo en Sarmiento y otros letrados, y la relectura de la función de la épica en América Latina). El método de Dabove puede ser percibido como comparatista en cuanto a lo teórico, porque participa de varias orientaciones críticas, el post-estructuralismo, el latinoamericanismo actual ya señalado, los estudios subalternos, los estudios postcoloniales, combinadas a partir de un uso inteligente (y nunca abusivo ni ecléctico).

En un momento histórico en que la relación entre elites letradas y cultura subalterna ocupa un lugar central en la reflexión crítica y cultural sobre y en América Latina, el objeto de Dabove no es la historia del bandidaje sino su representación en ciertas culturas, tan importante como el fenómeno histórico mismo. Distinguir la historia de las representaciones es el trabajo crítico. Posicionándose como crítico cultural, asume la tarea de definir la especificidad del texto literario en la cultura; no se trata solamente de una entre muchas prácticas hegemónicas, es aquella que legitima al letrado, a la cual el letrado acude para legitimarse. A partir de esta idea, Dabove estudia las relaciones, tensiones y ambigüedades del dúo letrado-bandido, centrándose, por razones metodológicas y teóricas, como lo declara él mismo, en la perspectiva que la elite tuvo del bandidaje; lo cual lo lleva a evocar, de modo fragmentario y sobrio, la cuestión de la propia posición. La visión “popular” del bandido se despliega en un tipo de literatura difícilmente abordable desde una perspectiva meramente textual, que es la única abierta a los profesionales de la crítica cultural y literaria, y que equivaldría a traicionar su especificidad político-cultural, y a incorporarse a la genealogía de los “padres fundadores” del estado moderno. Sin embargo, el crítico (nosotros) es también un letrado, que al rechazar esta genealogía debe inventarse una posición, desplazando su objeto y su perspectiva epistemológica. Así, el gesto crítico consiste en recobrar el valor político fundacional, lo que equivale a decir: pensar el lugar en que las elites situaron la ideología y lo político. De donde la distinción entre “nosotros”, que reenvía a una comunidad intelectual de límites establecidos por los espacios teóricos evocados, y “ellos”, los letrados de la elite. Escribir sobre la representación del bandidaje entre 1816 y 1929, es hacerlo, por lo tanto, sobre nuestro presente y sus batallas interpretativas. Si el crítico tiene la posibilidad de posicionarse en otro lugar a pesar de su herencia de letrado, es gracias a la recuperación del dato histórico, y su análisis (que transforma la mera información en metodología). En este caso, se trata de la ausencia del bandidaje en el código penal, que permite pensar la representación como marca, como significativa y como *tropo*; como figura jurídica, literaria, histórica, científica. Otros recursos son el análisis de la historia de las obras, de su recepción y de sus usos, y el desplazamiento del objeto de estudio de un polo (el bandido) a la relación dinámica y porosa que se establece entre el letrado y el bandido.

Tal vez lo que queda por teorizar es la función específica de la ficción (probablemente porque el trabajo de Dabove se orienta más hacia una teorización del género novela). En este sentido, “Criminología/El bandidaje como herida de la historia”, único capítulo no centrado en una obra de ficción

sino en ensayos de criminología resulta esencial (Parte I, capítulo 6; los ensayos son “Lucas da Feira” de Raimundo Nina Rodríguez, y *La génesis del crimen en México* de Julio Guerrero, sin duda uno de los análisis más iluminadores, también acerca de nuestras propias prácticas). Aquí se ponen en evidencia dos mecanismos esenciales de funcionamiento de los relatos sobre bandidos de las elites de la época. Por un lado, la apropiación por la criminología del privilegio epistemológico de las ciencias naturales — es decir: la transformación de fenómenos sociales en fenómenos naturales. La complejidad y la eficacia del análisis vienen aquí del hecho que Dabove muestra que ese gesto fue en parte una respuesta a la ausencia de datos sobre los que basar los estudios, y en parte un modo de adaptar teorías europeas, transformando a América Latina en perfecto ejemplo de lo pensado en el viejo continente (lo que explica, por ejemplo, el éxito de Lombroso). El otro mecanismo sería el modo en que las elites buscaron fundar la historia negando los procesos históricos y la ideología, e identificando ciertas figuras y tropos con una temporalidad fundacional que sitúan fuera de la historia.

Las elites batallaron por imponer un efecto hegemónico de identidad, y lo hicieron (en gran parte) recurriendo a relatos ficcionales. Sin duda sus posiciones respecto a la propia identidad y a la de los bandidos están marcadas por la negociación y el conflicto, la ambivalencia y el deseo de construcción de la nación y de un espacio legítimo. Cabe, sin embargo, preguntarse cuánto del efecto de ambigüedad de los textos viene de la elección de un género (la novela de ficción) para relatar hechos históricos (o supuestamente históricos). Sólo es posible analizar los relatos de bandidos como efectos de diferencia efímeros y sociales, afirma Dabove, es decir como fenómenos inestables. En qué medida esa inestabilidad se debe, parcialmente al menos, al funcionamiento de la ficción, al uso que las elites hicieron de ella en la época, al papel que le atribuyeron, es una cuestión que nos reenvía a una teoría de la novela del siglo XIX, género que suele parecernos familiar, también desde el punto de vista epistemológico, pero cuyo carácter transparente es, tal vez, un legado de las concepciones de la novela de la época.

La serie de motivos recurrentes de las narrativas de bandidos con que se cierra el libro permiten postular un paradigma representacional específico; los vasos comunicantes señalados durante todo el estudio son así sistematizados, produciendo un efecto de autonomía del “tema del bandidaje”: en la cartografía cultural de América Latina este “género” se convierte en un campo reconocible, y propone una nueva historia literaria.

Juan Pablo Dabove es egresado de la Universidad Nacional de Rosario. Hizo su tesis en Pittsburgh bajo la dirección de Mabel Moraña y ahora es profesor de la Universidad de Colorado-Boulder. *Nightmares of the Lettered City* pertenece a la colección *Iluminaciones/Formaciones Culturales de las Américas* dirigida por John Beverley y Sara Castro-Klarén, cuyas obras intentan trascender las fronteras de los especialistas, y se dirigen tanto a los latinoamericanistas como a una comunidad teórica interesada en los estudios culturales. El carácter teórico del análisis de Dabove es tanto más intenso cuanto que está elegantemente rodeado de una vasta cantidad de información (sobre los autores, las obras, los países en que se produjeron éstas, los fenómenos culturales, etcétera), que es a la vez la base de la metodología adoptada. Si la cuestión esencial para gran parte de la crítica latinoamericana fue, desde hace varias décadas, cómo se relacionan la historia y la literatura, *Pesadillas de la Ciudad Letrada* propone una aproximación renovadora y estimulante de esta relación.

Annick Louis